

Prefacio al libro **"Il bene di tutti"**

de **Mariella Carlotti**, SEF - Società Editrice Fiorentina, Florencia 2010

por **Bernhard Scholz**, presidente Compañía de las Obras

Un libro sobre los frescos del Buen Gobierno de Ambrogio Lorenzetti es algo que normalmente se consideraría como un libro destinado a una minoría de entendidos en arte. Este libro de Mariella Carlotti, sin embargo, es un libro sobre la vida de cada uno de nosotros y es de interés para todos. Los frescos del Palacio Público de Siena demuestran una vez más que el arte es un instrumento potente y dócil para tomar conciencia, a través del poder de atracción de la belleza, de las aspiraciones más profundas de la humanidad en su dimensión personal y social.

Cuando se habla de "gobierno" se habla de la posibilidad de favorecer el bien o alentar al mal, de valorar las iniciativas y los esfuerzos de cada uno para el bien de todos o por el contrario de hacer decaer la sociedad a una masa amorfa, controlada por el poder, hasta su inevitable ocaso. Sin embargo, las alegorías de Lorenzetti presentan una reciprocidad en la relación entre el gobierno y la sociedad: todas las virtudes que caracterizan al Buen Gobierno de Lorenzetti derivan de un tejido social capaz de determinar las intenciones y decisiones de quien tiene la responsabilidad de gobernar. Los ciudadanos de la ciudad, o, más generalmente, la sociedad civil no son simplemente una realidad regida de forma pasiva, sino una realidad viva y fructífera que logra transmitir y reforzar, directa o indirectamente, los valores y principios de las personas que están al gobierno. Y, por desgracia, también hay un riesgo de reciprocidad negativa, como muestran las alegorías del Malgobierno. En un mundo que parece confiarse cada vez más a proyectos y sistemas, las alegorías en el Palacio Público de Siena tienen gran actualidad: hacen recordar la importancia del sujeto, que primero crea y luego realiza los diferentes programas. El bien de una sociedad no surge automáticamente o de un mecanismo social o económico, no puede ser simplemente organizado por los programas de gobierno. Todo tiene su principio en la persona, todo inicia en la persona, en su cultura y en la tensión ideal que vive realmente. Con el creciente número de instituciones públicas y privadas, de empresas lucrativas y sin fines de lucro, cooperativas y consorcios, de escuelas y universidades, han nacido en los tiempos modernos muchos "gobiernos", que detienen una gran responsabilidad, sea hacia las muchas personas que trabajan en ellos, sea para la sociedad y el territorio en el que se insertan. Si las personas que forman parte de miles de estos "gobiernos" no se asumen libre y "virtuosamente" su responsabilidad personal por el bien de todos, el bien común sigue siendo una intención piadosa o corre el riesgo de convertirse en una ideología. Cuando Ambrogio Lorenzetti nos hace "ver" las cuatro virtudes cardinales de la fortaleza, la prudencia, la templanza y la justicia, nos habla de la tensión ideal de la persona singular y no de una ética abstracta, nos habla antes que nada de la conciencia que la persona tiene un sí misma y por lo tanto, de las relaciones con otros hombres. En este sentido puede ser útil introducir la experiencia y la sabiduría que brilla a través de alegorías de Ambrogio Lorenzetti en el amplio debate científico y público sobre el "gobierno" de las diferentes realidades sociales y sobre el "liderazgo" como capacidad para guiarlas de forma correcta. Los frescos del Palacio Público nos presentan una sabiduría de la vida que vale, no sólo para el Siglo XIII y XIV de Siena, sino para todos los tiempos y nos lo transmiten con una belleza conmovedora que logra penetrar, justamente a través de la alegoría, la costra de nuestra superficialidad cotidiana para tocarnos en ese punto que se llama corazón. Es precisamente para que el corazón humano pueda volver a abrirse a su destino, pueda generar las virtudes que él mismo desea, llegará a su plenitud, que la Verdad misma ha abierto su corazón, como recuerda el crucifijo de Pietro di Lando, presentado al final del libro. El último capítulo no es un complemento casual, sino la respuesta a la pregunta fundamental que las alegorías de Lorenzetti hacen surgir en cualquier persona que mire con la seriedad de un verdadero deseo: ¿de qué fuente puede nacer un hombre capaz de un buen gobierno, de una sociedad comprometida por el bien de todos?

Agradezco sinceramente a Mariella Carlotti por la pasión, la inteligencia y la valentía con la que nos presenta una obra maestra del arte de Siena, como posibilidad para que cada uno se conozca más a

sí mismo y conozca la grandeza de su vida en su relación profunda con la vida de todos. Se trata de un libro de esperanza en un momento en el que todos perciben el final de un individualismo exagerado, pero en el mismo tiempo el futuro aún está velado y se tiene que descubrir no sólo a través de investigaciones y programas, que son indispensables, sino sobre todo a través de un redescubrimiento de uno mismo y de su propia la humanidad.